

# Dos cuentos desagradables

*Rocío Vélez  
de Piedrahíta*



## Dos cuentos desagradables

Primera edición en esta colección: agosto de 2023

El hombre, la mujer y la vaca:

Primera edición: Editorial Bedout 1960 - Segunda edición: Ediciones Gamma 1982

Tercera edición: Colección La Flecha 2021

El pacto de las dos Rosas:

Primera edición: Editorial Bedout 1962 - Segunda edición: Editorial UPB 1998

Primera edición en esta colección: agosto de 2023

© Herederos Rocío Vélez de Piedrahíta

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial/index>

Correo electrónico: [obraseditorial@eafit.edu.co](mailto:obraseditorial@eafit.edu.co)

ISBN:

ISBN: (VERSIÓN EPUB)

Editora de la colección: Claudia Ivonne Giraldo

Corrección de textos: Esteban Duperly y Cristian Suárez-Giraldo

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Diseño de la colección: Alina Giraldo

Digitalización de original para El pacto de las dos Rosas: María Adelaida Chaverra.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

## CONTENIDO

Presentación .....	7
El hombre, la mujer y la vaca (1960)	
Un cuento desagradable .....	11
El pacto de las dos Rosas (1962)	
Otro cuento desagradable .....	59



## PRESENTACIÓN

La colección Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahíta se nutre este año con dos obras que aparecieron publicadas por primera vez en 1960 y 1962, ambas por Editorial Bedout. Se trata de *El hombre, la mujer y la vaca* y *El pacto de las dos Rosas*, un díptico que la autora definió en su momento como *cuentos desagradables* –“un cuento desagradable”, “otro cuento desagradable”, decía respectivamente bajo los títulos originales– y que desde entonces han sido reeditados algunas veces más, la última de todas a finales de la primera década de este siglo, es decir, hace quince años.

Si bien Rocío Vélez siempre ha tenido lectores, a este par de cuentos largos –que a la hora de mirarlos en las estanterías producen la impresión de ser muy cortos–, les sucedió lo que a muchos otros libros: luego de cierto tiempo empezaron a quedar descatalogados en librerías y ocultos en bibliotecas. Por ahí en internet pueden rastrearse todavía y para la venta viejas ediciones a la rústica de Bedout y de Gamma. Por su lado, en las bibliotecas, y aunque siempre disponibles, cada

vez resulta más incierto el préstamo; de tanto ir de mano en mano las tapas se han ido doblando y el papel rasgando. Todo eso condujo a que nos propusiéramos darle un nuevo aire a este par de obras. Aunque de hecho la tarea ya había empezado antes: en 2021 publicamos *El hombre, la mujer y la vaca* bajo la colección La Flecha de la Alianza 4U, en coedición con otras tres universidades –Uninorte, ICESI y CESA–.

Sin embargo, *El hombre, la mujer y la vaca* y *El pacto de las dos Rosas* no habían aparecido juntos. O por lo menos no en un mismo volumen, único y dedicado, que es justamente el libro que les proponemos en esta edición a los lectores. Ahora tendrán este par de textos que la autora cobijó bajo una sentencia que nos inquieta... cuentos desagradables.

Como quiera que sea, los dos se leen en una sola sentada. O en dos. O en las que necesite el lector, cada quien es libre; decimos esto únicamente para señalar que se trata de una lectura fácil. Amena. Que fluye. El tiempo corre ligero mientras se pasan las páginas. Y eso es una virtud; una cualidad que no es más que el resultado natural de la calidad narrativa de la autora, tan señalada ya. Pero digámoslo una vez más: Rocío Vélez es una escritora superior.

Este par de cuentos recoge los componentes clásicos de su obra: en el centro está la mirada aguda de una mujer, inquieta por el mundo que la rodea; un mundo que disecciona con detalle e ingenio, y al hacerlo, lo critica.

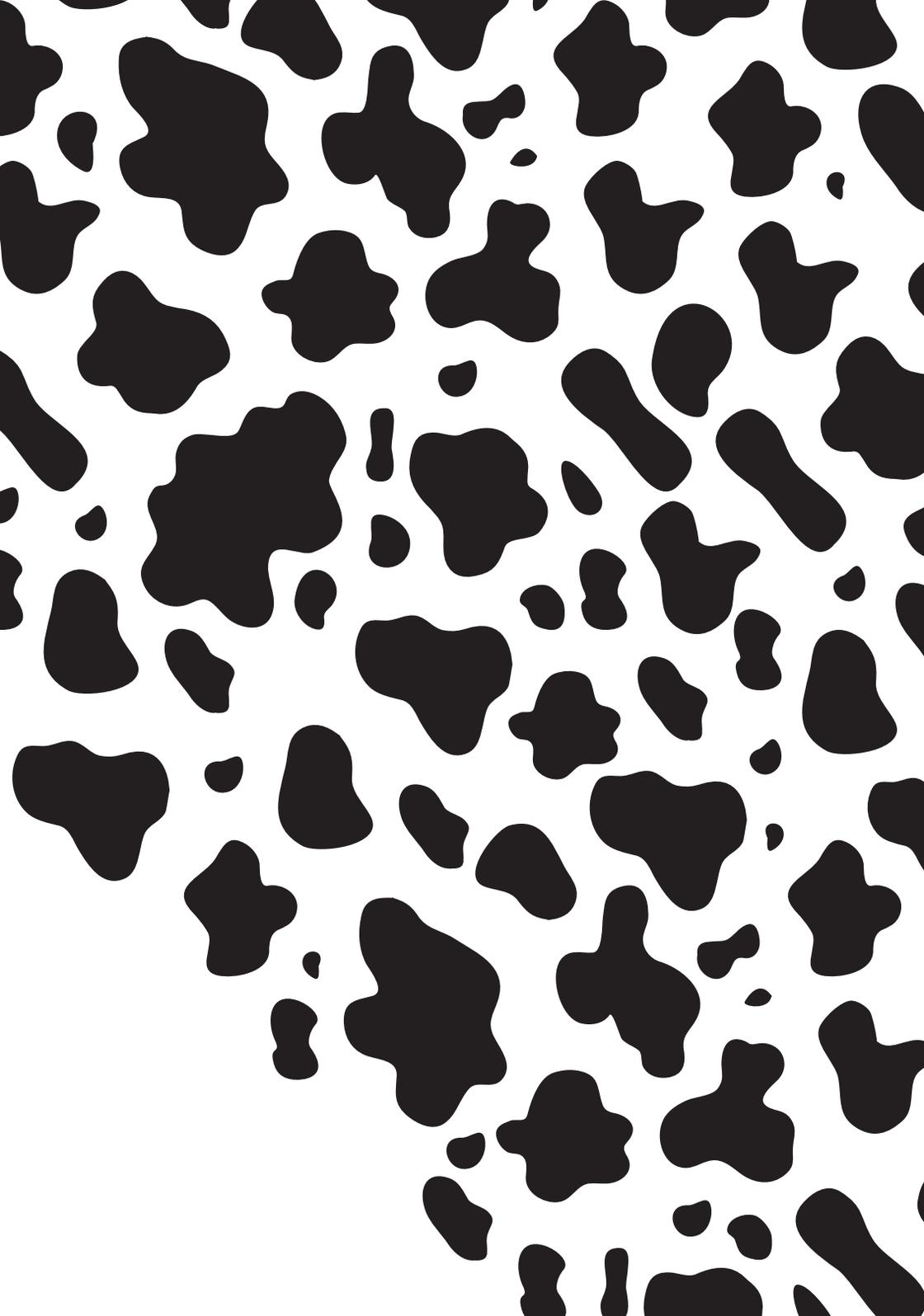
En el primer cuentola autora ilustra lo infantiles que podemos llegar a ser los hombres en nuestros caprichos. Pero la

historia va más hondo: esa puerilidad cuando está tocada de poder, de dominio, de intransigencia, es en realidad crueldad y cinismo. Por eso una vaca resulta más valiosa que una mujer.

En el segundo cuento, un relato cuyo argumento recuerda a *El príncipe y el mendigo*, de Mark Twain, la autora expone esa aplanadora de ilusiones que puede ser la sociedad, sus reglas, sus convenciones, sus falsedades y sus constreñimientos. La herramienta para mostrarlo en esta ocasión es un emboscado y poco condescendiente humor de clase.

Presentamos, entonces, con sutiles variaciones en la puntuación y los acentos destinados a ponerlos al día, los dos cuentos desagradables de Rocío Vélez, ahora como parte de la biblioteca que lleva su nombre y compila, tomo a tomo y año a año, su obra publicada a la largo de su vida y dispersa en el tiempo y el espacio.

Los editores





EL HOMBRE, LA MUJER Y LA VACA (1960)  
UN CUENTO DESAGRADABLE

1

Alfredo de Musset, en su famoso soneto a Víctor Hugo, dice que en este bajo mundo es preciso amar muchas cosas, para saber al fin cuál es la que nos gusta más. Pues bien: don Antonio después de haber amado con entusiasmo el deporte, el dinero, las mujeres y los negocios, por allá a los sesenta años, resolvió que definitivamente lo que más le gustaba en el mundo eran las vacas. Sobre todo las vacas lecheras.

Antes de relatar lo que sucedió entre él y una mujer a quien no conocía, por culpa de una vaca, sería interesante mostrar cómo llegó a semejante decisión.

Antonio tendría trece años cuando le regalaron un juego de ping pong. No bien abrió la caja, saltó risueña y juguetona la bolita plástica que después de curiosear ruidosamente todos los rincones de la habitación, se quedó estancada en la alfombra, quietecita, limpia, brillante, provocativa, como diciéndole al muchacho: “Anda, icógeme!, soy muy pequeñita, pero ya verás que no logras dominarme”.

El muchacho, claro está, aceptó el reto.

¡Ah! Qué bien lo pasó Antonio en su adolescencia tratando de domar a su diminuta contrincante que saltaba, volaba, corría en todas direcciones, siempre tan blanca, siempre tan alegre. Cada vez que lograba evitar el golpe de la raqueta, se iba por el suelo dando tumbos, repicando como si se burlara de él y se metía por los rincones, las rendijas y entre las patas de las sillas, hasta que Antonio lograba recogerla nuevamente y volvía a empezar la partida.

Pero la partida era desigual, según se fue comprobando con el tiempo. Es cierto que la bolita era ágil, ligera, saltarina, pero era siempre igual. Por más que se esforzara, su bote nunca aumentaba, sus posibilidades de escabullirse eran limitadas, su fuerza y su tamaño nunca variaron. Por el contrario, cada día que se enfrentaba con Antonio, se encontraba con un muchacho un poco más alto, más fuerte y más ágil que el de la víspera. Los movimientos de su contendor se iban coordinando poco a poco, hasta que el joven ya no tenía que pensar las jugadas; como un resorte, como un autómatas, obraba con tal rapidez que la pobre bolita ya no sabía dónde meterse para no encontrar siempre frente a ella, aquella raqueta arenosa y áspera que la llevaba y la traía a su amaño, sin que pudiera defenderse.

Cuando la tuvo definitivamente bajo su dominio, y después de ganar con ella todos los concursos, partidas, campeonatos o competencias en las cuales tomaba parte, declaró enfáticamente que aquello era un juego para niños y sin una mirada

de cariño, sin un gesto de agradecimiento, arrojó con desdén a su jovial compañerita en un canasto de papeles.

Pero Antonio tuvo que buscarle muy pronto un reemplazo.

Se enfrentó entonces con el golpe seco y duro de la pelota de tenis, tan seria, tan áspera, tan opaca. Luchando contra ella se hizo hombre.

Pasó horas enteras, sudoroso, sin pensar, sin sentir, dándole golpes y más golpes a la pelota lanuda, contra una pared verde, lisa, fea, que tenía pintada una raya horizontal y un punto blanco en el centro. Se movía sin tregua ni descanso y saltando, estirándose, doblándose, perseguía obsesionado la pelota lanuda.

Jugó al tenis sin alegría, sin variedad; como quería a todo trance adueñarse de la red, la bola y la raqueta, puso al servicio de este empeño la inconmensurable fuerza de una voluntad de dieciocho y relegó a segundo plano todas las demás ocupaciones e inquietudes.

La pelotica de ping pong no le había traído sino alegrías. Su áspera rival, por el contrario, no le hizo más que daño. Es cierto que a su lado su cuerpo se desarrolló magníficamente, sus músculos se robustecieron, los movimientos se coordinaron, el conjunto se agilizó. Pero paralelos a estos adelantos estupendos y muy visibles hubo otros cambios no menos trascendentales, que pasaron totalmente inadvertidos.

Su sensibilidad empezó a perder fuerza; su edad afectiva no pasó de la adolescencia; la memoria se le oxidó; la curiosidad (ese poderoso motor de los conocimientos) fue perdiendo

fuerzas hasta que apenas si se movía; la inteligencia perdió su agilidad; las ideas, rapidez.

La obsesionante pelota de tenis, convertida en eje de la vida de Antonio, logró que aquel cuerpo, tan perfecto hasta el último detalle, disimulara a un ser a medio desarrollar moral, intelectual y afectivamente.

Antonio dedicó su juventud al deporte y el deporte agradecido con él le obsequió generoso copas, trofeos, récords y triunfos, no solamente en las canchas de tenis, sino en los prados de golf, en las piscinas, o bien montando a caballo...

En el momento en el cual los triunfos deportivos, por sucesivos y naturales dejaron de producirle deseo o satisfacción; cuando Antonio empezó a aburrirse en las fiestas y reuniones —donde todos sus amigos, ya dedicados a otras actividades, se interesaban por asuntos ajenos al deporte—; en ese momento preciso, repito, se presentó en su vida Jesusita.

¡Qué linda era Jesusita cuando Antonio se enamoró de ella!

Y tan parecida a la pelotica de ping pong: blanca, alegre, ágil, ligera, suave; llena de enaguas y boleteritos, iba dejando a su paso el eco de su tenue voz, el encanto de su sonrisa y un olorcito a limpio y a nuevo imposible de definir.

Pero lo que verdaderamente subyugó a Antonio fue el éxito de Jesusita. Hacía muy poco tiempo que la sociedad estaba disfrutando de su encantadora presencia y ya todos los muchachos querían salir con Jesusita, pretender a Jesusita o casarse con Jesusita. Antonio era aficionado a las competencias y estaba acostumbrado a luchar para ganar un trofeo; este le

pareció de los más apetecibles. Dejó a un lado los tacos de polo, los caballos, las raquetas y se dedicó a pretender a Jesusita, como lo hacía todo: con insistencia, con obstinación.

Estar enamorado y tratar de vencer a sus adversarios en la lucha por obtener el corazón de la niña, le pareció estupendo.

Jesusita tenía un corazón enorme, rebosante de amor y tan lleno de ternura que se le saltaba del pecho. Para defenderlo contaba solamente con una cabecita joven, atolondrada, sin juicio, ni experiencia.

El contrincante era empujoso, atrevido, riquísimo. No es que a Jesusita la sedujera el dinero ni que pudiera entregar su corazón por interés: ni mucho menos. Pero, es que el dinero de Antonio le llegaba a ella en lindos paquetes de regalos, en primorosos ramos de flores, en lociones y perfumes, tan tentador, ¡tan provocativo, tan limpio! Sí, ¡casi no se notaba que era solamente dinero!

Y luego, ¡el flamante automóvil que pasaba pitando por su casa y que dejaba a todas sus amigas boquiabiertas! Y las continuas serenatas... ¡Ay! ¡Las serenatas! Aquel cuarto de hora durante el cual los mejores tríos de serenateros de la ciudad le decían con frases apasionadas y en los tonos más dulces que Antonio la amaba locamente, desesperadamente: que sin ella no podía vivir, no quería vivir. Que tenía suave la piel, profundos los ojos, sedoso el cabello... ¿Cómo resistir, cuando solo se tienen dieciocho años, las quejas de las guitarras, el lamento de los costosos guitarristas, el entusiasmo de sus hermanitas, la envidia mal disimulada de las amigas, el